

los padres evocan y desenvuelven defectos en el niño. Ganad el amor y la confianza del niño, (y éstos existirán naturalmente, si no se ha hecho nada para alejarlos) y entonces podréis hacer de él lo que queráis. Solo el amor es capaz de educar, y solo a él puede confiarse los cuerpos frágiles en que el Ego va a pasar toda una vida. Con qué ternura busca el Ego la protección de los mayores para esos sus cuerpos, esa protección que tan ardentemente necesita y que tan poco puede él hacer, en sus primeros años, para proporcionarse! Y qué amargo su disgusto cuando se le maltrata o se detiene su desarrollo física, emocional o mentalmente!

Solo el amor producirá la comprensión, que es como el pan de vida para el niño. El despertar de su fantasía, sus tanteos hacia el mundo nuevo, su confusión entre las impresiones astrales y físicas, sus dificultades sobre las transmisiones de sus sentidos ineducados, su sensación de algo grande y desconocido sobre su cuerpo frágil y pequeño, las incomprensibles idas y vueltas de los aparentemente irresponsables gigantes que le rodean, todos estos enigmas le envuelven y le convierten en un extranjero en tierra extraña. Seguramente que estas débiles criaturas merecen la más tierna compasión, mientras se abren su camino a través de las primeras etapas de su nueva vida en la tierra y moldean sus medios de expresión en el nuevo ambiente que les rodea.

El niño debería ser *estudiado*; sus mayores deberían tratar de conocer sus puntos fuertes así como sus debilidades y hallar cuál es la finalidad y propósito del Ego en esta nueva etapa de su peregrinación. Nunca se le debe restringir, excepto cuando la restricción es necesaria para evitar

que ignorantemente perjudique sus cuerpos y más bien habrá de animársele a que se exprese libremente, a fin de poder estudiarlo y comprenderlo. Un niño a quien siempre se le reprime, lleva continuamente una máscara tras la cual se oculta de sus mayores, quienes errarán, ignorantes de su verdadero carácter. La mitad de las observaciones dirigidas a muchos niños por padres bien intencionados, forman una cadena de limitaciones irrazonables e innecesarias. Se les fuerza a obedecer a la voluntad de los padres y no a los principios que envuelven su propio bienestar, y de los cuales los padres han de ser el vocero temporal. El sentimiento del deber y la necesidad de obedecer a la ley, la cual habla por medio de las personas a quienes su enunciación ha sido confiada, es de enorme importancia inculcar; esto pone los fundamentos de la rectitud moral, cívica y religiosa. Pero la autoridad arbitraria, impuesta por el mayor tamaño y fuerza corporal y la sujeción a los caprichos y fantasías de los padres, no respaldados con otra razón que la de: «Porque yo lo ordeno», éstas destruyen en la mente juvenil el valioso respeto a la autoridad justa, el cual es alimentado y vigorizado por el otro método.

El estudio del niño ayudará a los padres a formar criterio sobre su futura vocación y por lo tanto de la educación que habrá de prepararlo para ella. Ellos estudiarán sus facultades, gustos y temperamento con esmerada asiduidad. Deberían utilizar el conocimiento que puede poner a su disposición un experto astrólogo quien puede mostrarles los perfiles generales del carácter así como la tendencia general de su vida. Ese estudio los capacitaría para llegar a una decisión, sobre la cual el niño

mismo habría de ser consultado, antes de que la especialización fuese demasiado lejos.

La educación en el hogar debería incluir las verdades fundamentales de la religión en su forma más simple: lg Vida Unica, Reencarnación, Karma, los Tres Mundos y Habitantes. Sobre éstas se basarían algunas lecciones morales, dadas en forma de historias de grandes hombres y mujeres, de aquellos que mostraron las virtudes que el niño debe imitar, con algunas jugosas sentencias de las Escrituras del Mundo, enriqueciendo así la memoria con valiosos materiales. Esas virtudes han de ser asumidas como cosa natural, implícitas en lo que se le hable, más bien que enseñadas didácticamente. Debe enseñársele buenas maneras, cortesía hacia los inferiores e iguales, respeto y consideración a los superiores. Esta lección debe darse por medio del ejemplo de los mayores, pues un niño tratado con cortesía instintivamente llegará a ser cortés. Se imprimirá en el niño buenos hábitos físicos de extrema limpieza y orden así como de buena respiración. Los deberes sanitarios habrán de atenderse al levantarse y después del baño matutino se dedicarán algunos minutos a ejercicios respiratorios. Enseguida vendrá el culto diario, incluyendo un versículo sobre la Vida Una, acto de gratitud a los antecesores, a los trabajadores que abastecen sus necesidades diarias, a los animales que nos sirven, con la repetición de alguna promesa como la de la «Cadena de Oro». Luego algunos ejercicios físicos simples, preferentemente sin aparatos, para la vigorización de los músculos. El desayuno de pan, leche y frutas seguirá, aunque un niño delicado podría tomar una taza de leche después del baño y los ejercicios respiratorios.

La educación del hogar durante los primeros siete años no debería, después del día comenzado como se ha descrito, ejercer ninguna violencia sobre la mente del niño; debería estar cuanto fuese posible al aire libre, aprender a observar los hábitos de las plantas, insectos, pájaros y otros animales; habría de enseñársele a cuidar del jardín, a jugar con los animales y sus lecciones debieran ser muy cortas y en forma de conversación, especialmente sobre objetos y cuadros, incluyendo el aprender de memoria frases bellas y poemas breves.

Ejercicios físicos cuidadosamente graduados para fortalecer el cuerpo y hacerlo flexible y gracioso, deberían alternar con lecciones fáciles. En estos años se pone el fundamento de una madurez vigorosa, bella y saludable. Los alimentos han de ser nutritivos: leche, cereales, frutas, dulces, todo cuanto ayude a construir y no sea estimulante; ni carne, ni cebollas u otros alimentos groseros, deben ponerse al alcance del niño.

En este período de la vida del niño, la imaginación y la simpatía están en plena acción y deberá animárselas y no reprimirlas. El «juguemos de que...» de los niños es provechoso para ellos e instructivo para los mayores en su esfuerzo por comprenderlos. Como el Dr. Steiner observó acertadamente, los juguetes mecánicos y perfeccionados de estos tiempos no son tan educativos para los niños como los más toscos de antes, que constituían un mero símbolo, el cual ellos vestían con su imaginación. Así el juguete estimulaba su fantasía y eso es de positivo valor; ellos, soñando despiertos, le daban vida y realidad. Se le contarán cuentos de hadas, hasta que el niño pueda leer-

los por sí mismo. Todas las cosas han de ser vivientes para él, como en realidad lo son si los mayores le dejan solo y no destruyen sus castillos de aire convirtiéndolos en polvo. La

luz de los otros mundos no se ha oscurecido aún para él; dejadle que la disfrute mientras pueda hacerlo.

(Continuará)

La Vida Espiritual para el Hombre del Mundo

Conferencia dada en el "City Temple" de Londres, el 10 de octubre de 1907 por
Annie Besant (1)

El Rev. R. J. Campbell, M. A., que presidía, dijo:

Al presentar la conferencista a la audiencia del City Temple, no es mi intento referirme a ella de una manera personal que podría serle embarazosa, pero creo que es nuestra obligación reconocer en la señora Besant una de las más grandes fuerzas morales de este tiempo. (Aplausos). Ella ha conquistado bien el respeto que ahora se le dispensa tan espontáneamente por el público inglés, y por los hombres y mujeres pensantes de todo el mundo. En los tiempos pasados, ha tenido que realizar muchos sacrificios por su fidelidad a lo que ella cree que es la verdad. Y es notable en este caso que su fuerza de convicción no está manchada, ni levemente, por la amargu-

ra o la intolerancia. En proporción al precio que debemos pagar por nuestras propias convicciones, está la intensidad, y alguna vez, la intolerancia con que las mantenemos; pero si hay una característica evidente de la vida pública de la señora Besant, ésta es la ausencia completa de la más leve traza de intolerancia o dureza en sus relaciones con los demás. Ella busca la verdad en todos los credos; a nadie excomulga; y por consiguiente, como su conocimiento de la vida es tan ancho y profundo, ha ganado el puesto de instructor espiritual, y como tal le damos le damos la bienvenida esta noche al City Temple.

La señora Besant, (que fué recibida entusiásticamente), dijo:

Antes de dar comienzo a lo que

(1) Traducida para "Virya" por F. Vidaorreta, del Grupo de Traducciones de la Logia "Virya".

tengo que decirles esta noche, permítame unas palabras, tanto para explicar mi presencia aquí como para que sirvan de prefacio a las opiniones que he de expresar. Estoy muy agradecida de vuestro ministro y de vosotros por la oportunidad que se me brinda de hablar en este lugar, pero deseo hacer constar que las opiniones que oigais de mi boca no han de ser un compromiso para este lugar, ni para el ministro que generalmente ocupa vuestro púlpito. Todos debemos agradecimientos al ministro del City Temple (aplausos prolongados), por el valor con que ha expresado opiniones que están en el ambiente de los personas educadas y pensadoras, pero que muy pocos tienen el valor de expresar. (Nuevos aplausos) Pero cuando una verdad está en el ambiente, el expresarla es uno de los mayores servicios que el hombre puede rendir al hombre: porque la verdad, tenedlo presente, depende mucho de que sea sostenida por los que la ven y tengan el valor de decirlo, y muchos la aceptan, pero carecen del valor necesario para expresarla, mientras esta expresión está aún confinada a la minoría. Es muy importante, pues, que yo no intento en nada de lo que diga, imponerme sobre las enseñanzas que se dan aquí normalmente. Mis opiniones son mías, como son de vosotros las vuestras; y al hablar aquí esta noche, voy a decir la verdad como yo la veo, sin pretender que aquel que no la vea como yo la acepte, y mucho menos que ninguna de mis palabras haga más pesada la carga o mayores las dificultades a las que usted (dirigiéndose al señor Campbell) tiene que hacer frente.

Una de las quejas que oímos con más frecuencia de labios de personas de mente alerta, y que se refiere a

las circunstancias de su vida, es quizás muy fatal: «Si mis circunstancias fueran otras de lo que son, dicen, cuánto no podría yo hacer; si los negocios no me exigieran tanto esfuerzo, si no estuviera tan atado por mis ansiedades y cuidados, si el trabajo mundano no me quitara tanto tiempo, entonces podría vivir una vida más espiritual» Y esto no es cierto. Ninguna circunstancia puede favorecer o evitar el desarrollo de la vida espiritual en el hombre. La espiritualidad no depende de lo que nos rodea; depende de la actitud del hombre hacia la vida; y precisamente lo que deseo señalar esta noche ante vosotros, es la manera de que el mundo torne al servicio del espíritu, en vez de ahogarlo, como frecuentemente sucede. Si el hombre no comprende la relación que hay entre lo material y lo espiritual; si los considera incompatibles u hostiles; si pone de un lado la vida mundana, y del otro la del espíritu, como antagonistas, como enemigos el uno del otro, entonces sucede que las exigencias de las ocupaciones mundanas, la influencia de la materialidad, la atracción de las tentaciones físicas, y el estar siempre ocupado en cosas materiales, todo esto sirve para anular la vida del espíritu. Todo eso parece la única realidad, y se necesitaría encontrar alguna alquimia, algo mágico, para que la vida del mundo se convierta en irreal, y la del espíritu sea nuestra única realidad. Si pudiéramos lograr esto, la verdadera realidad encontraría su expresión a través de la vida del mundo, y aquella sería su verdadero modo de expresión, y no una venda que ciega los ojos o una mordaza que impide la respiración. Eso es lo que vamos a buscar esta noche.

Ya sabemos cuantas veces se ha

contestado negativamente la pregunta de si un hombre puede vivir una vida espiritual dentro del remolino del mundo. En todas partes, en todas las religiones, en todas las épocas de la historia del mundo, cuando se ha hecho esa pregunta, la contestación ha sido: No, el hombre del mundo no puede llevar una vida espiritual. Se mejante respuesta viene desde los desiertos de Egipto, de las selvas de la India, de los monasterios y conventos de los países católico-romanos; de todas partes donde el hombre ha querido acercarse a Dios rechazando la compañía de los hombres; y si es preciso alejarse de la sociedad humana para obtener el conocimiento de Dios y vivir espiritualmente, esa vida es imposible para muchos de nosotros, porque estamos obligados por las circunstancias a vivir en el mundo y debemos acomodarnos a sus condiciones. Ahora bien, lo que yo quiero demostraros es que esta idea está basada en un error fundamental, aunque generalmente aceptada en nuestra vida moderna; no se considera tanto en nuestro país el tener que vivir en el desierto, en las cuevas o en un monasterio, sino que se cree que lo religioso y lo seglar han de mantenerse aparte. Y esto es aquí una tendencia, a causa de la manera moderna de separar lo que se llama «sagrado» de lo que se considera profano. Aquí la gente habla del domingo como del «día del Señor», como si todos los demás días no fueran Suyos también, y solo en éste debe ser servido. (Aplausos). Llamar a un día el Día del Señor, es como negar su dominio sobre los otros seis de la semana, y dividir la vida en seis partes ajenas a lo espiritual, mientras que solo la otra se dedica al espíritu. Y de la misma, manera las frases usuales de las gentes,—historia sagrada e historia profana, educación

religiosa y educación laica—usándose con tanta frecuencia, sugestionan al público, y lo colocan en punto de vista equivocado acerca del Espíritu y el mundo. Lo corecreto sería decir que el Espíritu es la vida, el mundo la forma, y la forma debe ser la expresión de la vida; de otra manera tendríamos un cuerpo sin vida, o una vida sin cuerpo, separada de todos los medios de acción efectiva; por esto deseo afirmar ampliamente el verdadero principio de lo que creo que es la verdad en esta materia. El mundo es el pensamiento de Dios, la expresión de Su Divina mente. Todas las actividades útiles son formas de la actividad divina. Dios hace girar las ruedas del mundo, y los hombres son únicamente Sus manos, que tocan los bordes de la rueda. Todo el trabajo que se hace en el mundo debe ser el trabajo de Dios, o todo o nada. Todo lo que es para el servicio del hombre y todo lo que sirve de ayuda a las actividades del mundo, se considera rectamente como actividad divina, y de una manera equivocada cuando se le llama secular o profano. El comerciante en su oficina, el mercader detrás de su mostrador, el médico en el hospital, ejercen una actividad tan divina como el sacerdote en su iglesia. (Aplausos). Mientras no se considere así, el mundo está vulgarizado; y mientras no podamos ver una misma vida por todas partes, y dentro de ella la raíz de todas las cosas, nuestra actitud será irremediablemente profana, porque estaremos ciegos para ver la visión beatífica de una vida única en todas las cosas, y todas las cosas como la expresión de esa vida.

Si esto es verdad, y solamente hay una vida, de la que yo y vosotros participamos por igual, y un poder creador por el que se hicieron los mundos y se conservan, entonces, por

muy alta que esté la inexpresable existencia divina, y aunque sea cierto, como está escrito en la vieja escritura india:—«Yo hice este universo con un fragmento de Mí mismo»— y es cierto que la Divinidad trasciende su propia manifestación; entonces, repito, la manifestación siempre es divina, y al comprenderlo así llegamos hasta los pies de Dios. Si es verdad que El está en todas partes y en todas las cosas, tiene que estar lo mismo en la oficina que en el desierto, en el mercado o en las selvas; y tan fácilmente podremos encontrarlo en la calle de la ciudad populosa como en las soledades de la montaña cubierta de nieve. No quiero decir que no es más fácil para vosotros y para mí el darnos cuenta de la grandeza divina y de su esplendor, al admirar la belleza de una cima coronada de eternas nieves, o de una hermosa selva; o al contemplar algún maravilloso valle donde la Naturaleza habla con su voz sutil; pero sostengo que si bien en estos lugares vemos mejor la Divinidad, es porque estamos sordos, y no porque la voz Divina deje de vibrar en todas partes. Nuestra es la debilidad que hace que el tumulto y la agitación de la vida de la ciudad nos oculte la voz que siempre habla; si fuéramos más fuertes, si nuestros oídos fuesen más agudos y tuviéramos más espiritualidad, encontraríamos la vida Divina lo mismo en la calle más populosa de Londres que en el bello paisaje pintado por la Naturaleza en las soledades de las montañas o en la magia del cielo de media noche. (Aplausos). He aquí lo primero que debemos saber: que nosotros no encontramos porque estamos ciegos.

Pero ahora veamos cuales son las condiciones que necesita el hombre de mundo para llevar una vida espi-

ritual, porque yo admito que hay ciertas condiciones. Os habeis preguntado alguna vez por qué es que encontráis por todas partes cosas que os atraen y que deseáis poseer? Vuestros deseos responden a la belleza exterior, a la atracción de infinidad de objetos diseminados por todo el mundo. Si no estuvieran destinados a atraeros, no estarían ahí; si en realidad fuesen estorbos en vuestro camino, para que han sido puestos a vuestro paso? Sucede así por la misma razón que hace a la madre obligar a su hijo a efectuar el esfuerzo que le enseñará a andar, poniendo delante de él algo que le atraiga y brille a sus ojos, un juguete u otra cosa de colores atractivos, que le hace desear coger lo que está fuera de su alcance. El niño trata de sostenerse en sus pies, cae, trata de andar, lucha para llegar; y el valor de la atracción no está en el brillante juguete de colorines que el niño coge en sus manos, lo rompe y lo tira a un lado, y pronto desea otra cosa nueva, sino en el estímulo a su vitalidad, que le obliga a moverse en persecución del ansiado premio, que será despreciado en cuanto lo gane. De la misma manera, nuestra gran madre, directora de nuestro corazón, está siempre agitando delante de nosotros algo atractivo, algún premio para nuestro espíritu infantil, desarrollando así nuestros poderes interiores; y para que hagamos el esfuerzo por el que solamente haremos que esos poderes interiores se manifiesten nos pone por todas partes la atracción de esos juguetes de la vida. Luchamos, tratamos de cogerlos; al fin los cogemos y pronto se pierde la ilusión y la brillante manzana se vuelve ceniza, como en la fábula de Milton; aquel premio que nos parecía de tanto valor pierde su atracción, y deseamos otra cosa. Así es

como crecemos. El resultado está en nosotros mismos: hemos desarrollado algún poder, una nueva facultad; ha aumentado nuestra fuerza interior, y de una capacidad escondida hemos hecho una facultad activa. Tal es el objeto de la enseñanza divina: el juguete se tira cuando el resultado de nuestro esfuerzo ha sido obtenido. De tal modo pasamos de un punto a otro, de un estado de evolución al siguiente; y aunque hasta que no creáis en el gran hecho del renacimiento continuo y de la incesante experiencia, no podéis comprender toda la belleza y esplendor del plan Divino, sin embargo, podréis en una sola corta vida saber que ganais con vuestros propios esfuerzos, y no por vuestro estado; y que el premio de vuestro esfuerzo consiste en el mayor poder que ganáis; o dicho en las hermosas palabras de Edward Carpenter, algo compendiadas si no creéis en la reencarnación: «Cada uno de los dolores que sufrí en un cuerpo, fué un poder que adquirí en el siguiente». Hasta en una sola vida podéis verlo; podéis observar esta ley en el breve espacio que hay desde la cuna hasta la sepultura. Creemos, no por lo que ganamos de las cosas exteriores, sino por el desarrollo interior necesario para obtener el éxito en la lucha.

Ahora bien, si una prolongada experiencia natural ha hecho al hombre sabio, estos objetos pierden su poder de atracción, y la primera tendencia es cesar en el esfuerzo; pero esto significaría el estancamiento. Cuando las cosas del mundo se hacen algo menos importantes de lo que eran, es el momento de buscar nuevos objetivos, y el de una acción hacia la vida espiritual es, primero, ejecutar la acción porque es un deber, y no por la ganancia personal que nos

pueda reportar. Examinemos el caso de un hombre del mundo y de un hombre espiritual, y veamos lo que se necesita para convertir el uno en el otro. Voy a tomar un hombre que no deje dudas de que es del mundo, un hombre que esté haciendo una gran fortuna, y que tenga como objetivo de su vida el de ganar dinero, de hacerse rico. Todo lo subordina a este objeto. Debe ser dueño de su cuerpo, porque si su cuerpo le domina, gastará en él cada día y cada mes el dinero que reuna con su esfuerzo; desperdiciará en el lujo y en la satisfacción del cuerpo el oro que debería guardar para aumentar su tesoro. Y así, lo primero que tiene que hacer es ser el dueño de su cuerpo, enseñarlo a soportar la adversidad, a vivir frugalmente, a sobrellevar las necesidades; a velar, si por viajar durante toda una noche puede obtener un contrato productivo; a no ceder al descanso si por asistir a una reunión nocturna, puede ganar un amigo que con su influencia le ayude a ganar más dinero. Continuamente deberá ser dueño absoluto de su cuerpo en su lucha por el oro, hasta que no influya en sus actividades, y se convierta en el fiel esclavo de la dominante voluntad, del cerebro impulsor. Esto es lo primero que aprende: la conquista del cuerpo.

Después aprende a concentrar su mente. Si no la concentra se verá vencido por sus rivales en la lucha por la conquista del mercado. Si su mente divaga de aquí para allá, indecisa, probando un plan un día para cambiarlo por otro al siguiente, sin perseverar, sin un trabajo constante y deliberado, este hombre caerá. La meta que persigue le enseña a concentrar su mente, a dirigirla a un punto determinado y mantenerla en

él mientras la necesita; es constante en sus esfuerzos mentales, y su pensamiento se hace cada vez más potente y más agudo, y siempre está bajo su dominio. No solamente ha aprendido a dominar su cuerpo, sino a regir su mente. Ha ganado algo más? Sí, ha ganado una fuerte voluntad; únicamente una voluntad férrea puede obtener el éxito en semejante lucha. Muy pronto este hombre, con su cuerpo dominado, su mente bien regida y su fuerte voluntad, llega a su meta, y obtiene el oro que buscaba. Y entonces? Entonces se dá cuenta de que, después de todo, no puede con el dinero obtener su felicidad: que solamente tiene que vestir a un cuerpo y alimentar una boca: que no puede multiplicar sus necesidades en proporción a sus enormes rentas, y que su poder para adquirir la felicidad, es bastante limitado. Su oro se le convierte en una carga en vez de ser un placer; la primera alegría de su éxito desaparece, y se encuentra saciado por la posesión, hasta que, en la mayoría de los casos, la fuerza del hábito le impele a seguir en su afán de aumentar las innumerables pilas de las inútiles monedas. Lo que perseguía como una grata satisfacción se ha convertido en una pesadilla, y la victoria le ha convertido en un desgraciado.

Ahora, cómo podrá hacerse de este hombre un hombre espiritual? Con un cambio de objetivo: eso es

todo. Haced que este hombre, en su vida actual o en otra futura, comprenda el ningún valor del oro que ha atesorado; hacédle ver la belleza del servicio humano, o el esplendor del orden divino: que se dé cuenta de que el verdadero valor de la vida consiste en ofrendarla como parte de la gran vida por la que se mantienen los mundos; y entonces el poder que ha conseguido sobre su cuerpo, sobre su mente, sobre su voluntad, le convertirá en un gigante del mundo espiritual. No necesita cambiar esas cualidades; lo que necesita es desterrar su egoísmo, su indiferencia hacia el dolor humano, y la impasibilidad con que aplastaba antes a sus hermanos para edificar su fortuna sobre el hambre y la miseria de los demás. Ha de cambiar su ideal, del egoísmo al servicio; de la fuerza que antes empleaba en aplastar tendrá que hacer una fuerza que eleve; y así el gigante del mercado financiero se convertirá en el hombre espiritual; su vida se concentrará para la humanidad, y lo que posee servirá solamente para servir y ayudar. (Aplausos). Diferencia de objeto, diferencia de motivo, no diferencia en la vida exterior: hé aquí lo que hace que un hombre sea mundanamente del mundo o espiritualmente del espíritu.

(Continuará)

El Río

De igual modo que un río conoce su fin, conoce el objetivo a que se dirige aunque vague a través de muchas tierras, calmando la sed de muchos seres, así también cada uno de nosotros debe conocer su fin, no debe perder de vista su objetivo a través de todas las andanzas y vicisitudes; así debe cada uno de nosotros darse cuenta de que nuestra meta es la felicidad y la liberación. Y esta liberación es para todos, porque la liberación no se limita a una persona, a un orden de ideas, a una clase de personas, sino que pertenece al mundo entero, a todos los que vagan y luchan como el río. Así como el río crea música mientras recorre su camino hacia el mar, donde se confunde y se olvida de sí mismo, así debería hacer cada uno de nosotros en los comienzos, aunque seamos inconscientes de nuestro objetivo, aunque nos sintamos inciertos respecto a nuestro fin. Pero no hay sino un objetivo, no hay sino un fin, y éste es la Liberación, es la Felicidad.

Si deseáis ir a un lugar determinado, comprendéis, naturalmente, que debéis avanzar por un camino determinado también, para llegar a donde os habíais propuesto; pues en tanto

que no poseáis certidumbre, en tanto que existan muchos caminos que puedan extraviaros, y esos caminos crucen y vuelvan a cruzar vuestro particular sendero, vagaréis perdidos; pero si os fijáis exactamente vuestro propio objetivo, si véis claramente ante vosotros esta liberación, hallaréis el medio de dirigiros hacia allá, bien por medio de actividades o de meditaciones, o en la soledad, gracias a la renunciación. Si establecéis vuestro objetivo allí donde se unen todos los temperamentos, todos los pueblos, todos los individuos, si mantenéis limpia esta visión ante vosotros, la lucha se convierte en un placer.

Y así como el río va avanzando hacia el mar, creando música donde quiera que choca contra los peñascos, dondequiera que se alzan barreras a su paso, así debe vivir cada uno de vosotros; porque cuando deseáis de veras la liberación, aunque existan barreras, se convierten en una música que os anima, que os impulsa hacia adelante, hacia esa Liberación, hacia esa eterna Felicidad.

J. KRISHNAMURTI

Una Declaración Electoral

Por GEORGE S. ARUNDALE,

Cuando fui candidato a la Secretaría General de la Sección Australiana, escribí una alocución electoral, a fin de que los miembros no fueran a comprar un gato en una jaba. En la India no hay motivo para tal alocución, pero si lo hubiera habido, yo hubiera lanzado la siguiente.—G. S. A.

Al presentarme candidato para el cargo de Secretario General de la Sección India durante el año de 1928, creo que debo darles a conocer mis puntos de vista sobre el trabajo en esta Sección, así como las actividades que pienso desarrollar, si ustedes me creen digno de su elección.

En primer lugar, permítanme que les diga que yo coloco a nuestra amada Sociedad Teosófica, y al movimiento teosófico que es su expresión física, por encima de todos los demás movimientos. Para mí, la Sociedad Teosófica está primero y sobre todo. Todos los demás movimientos afines, sean cuales sean, le deben mucha de su vitalidad a la Sociedad Teosófica.

Por tanto, si resulto electo, me concentraré más o menos exclusivamente en la Sección en sí. Mi trabajo será ayudar a la Sección como tal, y esparcir la Teosofía, tanto en su aspecto teórico como en su aspecto práctico. Con este fin trataré de concentrarme en las Logias y en el trabajo general de la Sección.

¿Cuál es la naturaleza del trabajo en la Sección India? Teosofizar a la India. ¿Qué quiere decir esto? Hacer de la India una hermandad; hacer que la unidad domine a la diversidad; hacer que la buena voluntad triunfe

sobre la mala voluntad, la suspicacia y la desconfianza; ajustar las diferencias a un fin común; reverenciar la vida única de la nación entre las diversidades de temperamentos que constituyen las vidas de los individuos que forman la nación; reverenciar la Vida Única que abarca las muchas vidas; trabajar por el bien individual teniendo por objetivo el bien común.

La Sección India tiene una responsabilidad especial porque tiene a su cargo un país que puede muy bien llamarse la Madre Patria del mundo y el hogar espiritual de las naciones. La India es el corazón del mundo, y la Sección India es el corazón de la India; su deber es, por tanto, atender a que, como corazón, lata fuerte y puramente y llene sus funciones a fin de que el corazón del mundo a su vez lata fuerte y puramente y llene igualmente sus funciones.

Nuestra primera preocupación es, por tanto, nosotros mismos. Nuestro primer deber es teosofizarnos, porque sólo en la medida que nos teosoficemos podemos tener la esperanza de teosofizar a la India. A donde quiera que yo vaya le haré a mis hermanos la siguiente pregunta escrutadora:

¿Están ustedes tratando de vivir la vida teosófica? ¿Están ustedes llevando a la práctica la Teosofía, tal como ustedes la entienden, y cada vez más severamente, en sus vidas individuales, en sus hogares y entre sus amistades? ¿Están ustedes tratando de una manera definida de practicar lo que profesan, lo que predicán, lo que apoyan? ¿Son ustedes teósofos, y no meramente miembros de la Sociedad Teosófica?

¿Están ustedes constantemente contemporizando con la opinión pública, con los convencionalismos y las ortodoxias, están constantemente ajustándose a lo irreal mientras hacen protestas de su adhesión a lo Real? ¿Acaso las acciones de sus vidas desmienten las afirmaciones de sus labios? ¿Son ustedes medios o cuartos teósofos, o teósofos de todo corazón? ¿Están ustedes o no resueltos a tomar la Teosofía en serio?

¿Son sus hogares más felices porque ustedes pertenecen a ellos? ¿Reverencian y respetan ustedes a los miembros de su familia, y les conceden la misma calidad de libertad que ustedes desean para ustedes mismos? ¿Es el pueblo, la aldea, o la ciudad en que ustedes viven más feliz por la existencia de sus hogares en ellos? ¿Son ustedes en sus hogares una inspiración para el ambiente? ¿O acaso son ustedes unos de tantos que no se distinguen del resto del mundo? ¿Son sus hogares unos de tantos, que no se distinguen de los otros?

La Sección India tiene muchos miembros, tiene muchas Logias. Está primorosamente organizada, con sus organizadores de Logias, sus directores de Logias, sus conferencistas, sus clases de estudio, y todo el resto de la parafernalia de la actividad teosófica. *Pero, ¿tiene la Sección*

vida? ¿Vive o está estancada? ¿Tiene cada miembro individual vida, o está él más o menos estancado? ¿Tiene cada Logia individual vida, o está más o menos estancada?

Necesitamos menos conferencias y más vida, menos profesión de fe y más vida. Menos organización y más vida. Necesitamos la vida que ayudará a los otros a vivir.

Si me eligen, mi misión será, no aumentar los miembros de la Sección, sino aumentar su vitalidad.

Si me eligen, mi misión será, no dar conferencias, sino incitar a que se viva la vida teosófica sencilla.

Si me eligen, mi misión será, no hacer especulaciones sobre lo metafísico, sino recordarles el plano físico.

Si me eligen, mi misión será, no intrigarlos con las cosas complejas, sino inclinarlos a lo sencillo.

Si me eligen, mi misión será, no exponerles una filosofía abstracta, sino recordarles la manera de ser felices y de vivir con un objetivo.

Si me eligen, mi misión será, no alentarlos a que estén satisfechos en el oasis en que tal vez se creen que viven, sino incitarlos para que conviertan en oasis el desierto que les rodea.

Si me eligen, mi misión será, no alentarlos a que expongan teorías, sino emplazarlos para que sean teósofos prácticos en todos los departamentos de la vida. Yo les pediré a ustedes, y a todas sus Logias, que lleven una vida más verdadera en todos los campos—en el religioso, en el político, en el social, en el educacional, en el industrial, en el internacional.—Estaré de acuerdo conque ustedes deben de esparcir la verdad en

la medida que ustedes la comprendan; pero insistiré en que es infinitamente más importante *practicar* esa verdad como ustedes la entiendan.

Les diré: *Trabajen para que la Sección India llegue a ser una India del futuro en miniatura; que como la India ha de ser, así sea la Sección India en todos los departamentos de la vida.*

Les diré: *Practiquen la fraternidad.* Crean lo que quieran. Piensen la que quieran. Digan lo que quieran. Hagan lo que quieran. Pero que todo esto sea en un espíritu de fraternidad.

Les diré: luchen por lo que ustedes conciban que sea el bien. Exhorten a los otros a que sigan el sendero que ustedes crean sea el verdadero. Enseñen lo que crean, o lo que ustedes piensan que saben. *Pero, sin embargo, nunca se pierdan en una ilusión de superioridad. Nunca cesen de respetar los senderos de los otros, las convicciones sinceras de los demás, por muy vitalmente que difieran de las de ustedes. Opónganse inflexiblemente a todos los que declaren que su sendero individual es el único sendero, que su enseñanza es la única enseñanza, que a no ser que los otros crean como ellos creen no hay esperanza para ellos.* Todos los senderos son senderos directos, si sabemos trillarlos.

Sobre todo, les incitaré, hermanos, a que recuerden todos los días, y todo el día, que la India por el momento está bajo su cuidado, que ustedes son los servidores de la madre espiritual del mundo. La carga de ustedes es muy dura, porque el mundo está esperando por la India. El mundo se mueve más lentamente

porque la India está menos bien servida por ustedes y por mí, de lo que pudiera estar. Si ustedes y yo no amamos y servimos a la India con todos nuestros corazones, no estamos amando ni sirviendo a los Hermanos Mayores con todos nuestros corazones. Ellos nos han dado la India para que la protejamos. ¿La estamos protegiendo?

Así, si me eligen, trataré de trabajar por un país que no es menos querido de mí que de ustedes. Haré todo lo posible por traer la juventud hacia el frente, porque la esperanza del futuro está en la juventud. Y trabajaré imitando humildemente a H. P. B. y a H. S. O. y a aquellos que lo han sucedido en la dirección de la Sociedad. Espero también que mientras esté trabajando en este año venidero, si tal es el deseo de ustedes, aparecerá un sucesor joven listo para ocupar mi lugar al final del año, porque mi trabajo consiste en abrir un camino para los otros, y ayudar a encontrar a aquellos cuyo deber es trillarlos. En Australia he tenido el gran privilegio de ser sucedido por uno que dirigirá la Sección Australiana hacia su gran porvenir, bajo la bendición de nuestro gran maestro mayor, el Obispo Leadbeater. Me refiero, desde luego, a Harold Morton, un joven de 23 años, pero más sabio que muchos. ¿A quién encontraremos para servir a la India, como Harold Morton está sirviendo a Australia? Si podemos preparar el camino, se encontrará al hombre o a la mujer que lo trille y nos dirija. Hagamos memorable el 1928 con una traslación sin precedente de la Teosofía a nuestra vida diaria, y a la vida de la India.

Consejos de un Maestro de Sabiduría

«Sé que vuestro objeto único es servir a la Hermandad; sin embargo no debéis olvidar que tenéis que alcanzar mayores alturas, y que el progreso en el Sendero significa una vigilancia que no dormita. No solamente debéis estar siempre *apercibidos* para servir; debéis estar siempre a la expectativa de oportunidades: más aún, debéis crear las oportunidades de ser útiles en lo pequeño a fin de que cuando se presenten las ocasiones de servicios más grandes, no dejéis de percibir las.

«No olvidéis ni por un momento vuestra relación ocultista: ésta debe servir de constante inspiración, y no solamente de armadura contra los pensamientos fatuos que se ciernen en torno vuestro, sino de constante incentivo a la actividad espiritual. El vacío y la pequeñez de la vida ordinaria deben sernos cosas imposibles, aunque no fuera del radio de nuestra comprensión y simpatía. La dicha inefable de la relación de Adeptos aún no os pertenece, pero recordad que ya sois uno con Aquellos que viven esa vida más sublimada; sois dispensadores de su luz en este mundo inferior. De manera que vosotros a vuestra vez en vuestro plano debéis ser cual soles radiantes de amor y de gozo. Puede ser que el mundo no sepa apreciaros ni com-

prenderos, pero vuestro dñber es brillar.

«No descanséis; aún quedan alturas mayores que conquistar. No olvidéis las exigencias del desarrollo intelectual, pues debemos desarrollar dentro de nosotros la simpatía, el efecto y la tolerancia. Cada uno debe comprender que hay otros puntos de vista distintos de los suyos, y que éstos son tan dignos de ser tomados en cuenta. Toda rudeza y falta de cultura en el hablar, toda tendencia a exagerar, deben desaparecer del todo. El que sea adicto a estas cosas debe reprimirse cuando surja esta tendencia; debe ser reservado, cortés y delicado en el hablar. Nunca habléis sin pensar antes si lo que vais a decir es tan bondadoso como sensato. Quien procure desarrollar el amor en su sér se verá libre de muchos errores. El amor es la reina de todas las virtudes y sin él las demás cualidades son *como el agua y la arena*.

«Los pensamientos y los sentires indeseables deben ser excluidos; debéis combatirlos hasta que se os hagan imposibles. Los dejos de irritabilidad agitan el mar de la conciencia de la Fraternidad. Hay que eliminar al orgullo, que es una barrera formidable que se opone al progreso. Se precisa una exquisita delicadeza de pensamiento y de palabra, y el fino aroma de un tino perfecto que

no puede chocar ni ofender. Esto es difícil de conseguir, pero podéis alcanzarlo si os proponéis hacerlo.

«Vuestro objetivo debe ser un servicio definido, y no simples diversiones. Pensad, no lo que *queréis* hacer, sino lo que *podéis* hacer para ayudar a algún otro: olvidaos de vosotros mismos para pensar en otros. Un discípulo debe ser consecuentemente amable, animado de una disposición de servir y de ayudar, no solamente en forma intermitente sino constante. Recordad que todo el tiempo que no se dedique al trabajo de servir, para nosotros es tiempo perdido.

«Cuando observéis ciertos males dentro de vosotros, combatidlos varonil y enérgicamente. Perseverad en esto y obtendréis el triunfo. Es cuestión de fuerza de voluntad. Estad a la expectativa de oportunidades y sugerencias: buscad la eficiencia. YO estoy siempre dispuesto a ayudaros, pero no puedo llevar a cabo la obra *en lugar vuestro*; el esfuerzo debe partir de vosotros. Procurad que vuestra vida sea más extensiva en toda dirección y que esté exclusivamente dedicada a la devoción y al servicio.

«Habéis alcanzado alguna medida de éxito, pero quiero que alcancéis más todavía. Os he probado dándoos oportunidades para ayudar, y hasta aquí las habéis aprovechado noblemente. Por esto os daré más y mayores oportunidades, y vuestro progreso dependerá de la manera cómo las reconozcáis y aprovechéis. Recordad que el premio de trabajo coronado por el éxito siempre consiste en la oportunidad de mayor servicio, y que la fidelidad en las cosas que parecen pequeñas conduce a la asignación de servicio de mayor importancia. Espero que pronto os acercaréis más a mí, y que al hacerlo así

ayudéis a vuestros hermanos a lo largo del Sendero que conduce a los pies del Rey. Sed agradecidos por la posesión de una gran potencia de amor, y también porque os es dado inundar al mundo de un torrente de vuestra luz, derramar vuestra influencia pródigamente y dar con regia largueza. Todo esto está bien, pero cuidaos de que no haya en el corazón de esta gran flor de amor un pequeño vestigio de orgullo, que puede propagarse como un casi imperceptible comienzo de corrupción hasta mancillar y corromper toda la flor! Recordad lo que nuestro gran Hermano ha escrito: «Sed humildes si queréis alcanzar la sabiduría; sed más humildes aun cuando hayáis triunfado». Cultivad la planta modesta y aromática de la humildad hasta que su dulce aroma impregne cada fibra de vuestro sér.

«Cuando procuréis alcanzar la unidad, no basta atraer a otros hacia vosotros, ni cubrirlos con vuestra aura, ni hacerlos uno con vosotros. Esto es un paso bastante decisivo hacia adelante, pero es menester ir más lejos todavía, y hacerlos uno con cada uno de ellos: debéis penetrar en el corazón mismo de vuestros hermanos y comprenderlos, pero nunca por curiosidad; pues el corazón de un hermano es sitio tan secreto como sagrado. No se debe procurar penetrar allí para discutirlo, sino más bien para esforzarse reverentemente por comprenderlo, simpatizar con él y ayudarlo. Es muy fácil criticar a los demás desde el punto de vista de uno mismo; es más difícil conocerlos y amarlos, pero éste es el único modo de captarse su simpatía. Quiero que crezcáis rápidamente para poder servirme de vosotros, en la gran Obra; para coadyuvar en ella os doy mi bendición».

Educación

Fragmento de las Enseñanzas de un Deva,

Por GEOFFREY HODSON.

Esta es la misión del maestro: primero, elevar el alma; segundo, expandir la mente; tercero, vivificar la comprensión; y cuarto, coordinar el cuerpo, la mente y el espíritu.

A fin de enseñaros, debo primeramente llamaros hacia el lugar del júbilo, para que podáis estar en presencia del conocimiento.

El conocimiento es la verdad dispuesta en series; el conocimiento es la verdad reflejada en el alma humana; el conocimiento es el aspecto viviente de la erudición y estos dos nunca deben confundirse. El conocimiento es la síntesis de todo cuanto da la erudición; es la unidad encontrando su expresión en el mundo de las ideas.

El conocimiento difiere de la sabiduría. La sabiduría crece siempre, mientras que el conocimiento está estacionario; la sabiduría es el ser del conocimiento; el conocimiento es sabiduría expresada en ideas; la sabiduría es innata en el alma humana mientras que el conocimiento ha de ser adquirido por ésta. Cuando se obtiene el conocimiento, ya no se le requiere más; el conocimiento sólo es útil para descubrir la oculta sabiduría. El conocimiento pertenece a lo irreal, la sabiduría a lo real. El conocimiento perece, la sabiduría es eterna; el conocimiento es la fragancia, la sabiduría es

la flor; el conocimiento es la luz, la sabiduría es el sol; el conocimiento es el cuadro, la sabiduría es la visión y el espíritu del hombre es el artista.

Para el maestro, el discípulo es el artista que traducirá la sabiduría a conocimiento después de haber encontrado aquella a través de éste. El maestro debe enseñar sabiduría, no conocimiento. La misión del maestro es elevar al discípulo, colocarlo en presencia del conocimiento, a fin de que pueda extender su mano hacia éste, según él desee, mientras el maestro vigila todo el tiempo, guiándolo en la elección, influenciando su expresión de aquello que ha adquirido. Cuando el discípulo se ha familiarizado con el conocimiento, el maestro le enseñará la manera de usarlo como llave para descubrir la sabiduría oculta. A medida que las puertas se abren y la sabiduría se manifiesta, el maestro se retira y sigue vigilando desde lejos.

La sabiduría no puede revelarse hasta que el alma no sea levantada; por lo tanto, quienes deseen convertirse en maestros, aprendan primero a elevar las almas de los hombres.

La enseñanza debiera comenzar por la oración, a fin de que el discípulo aprenda a librar su alma de

las cosas de la tierra. Habiéndose libertado, él deberá remontarse en alas de la oración, para que su espíritu se eleve. Habiéndole elevado hasta las alturas en donde mora el conocimiento, el maestro sostendrá al discípulo, tomándolo de la mano mientras aprende el equilibrio de su nueva mansión. Entonces, y sólo entonces, podrá el maestro comenzar a enseñar.

Hay una sola manera de enseñar, y es compartiendo, porque esa es la forma como Dios enseña, y cada maestro ha de ser para su discípulo como un dios. El arte de enseñar es el arte de Dios; ese es Su propósito en Su universo, educar. Todo maestro debería aspirar a ser divino, porque siendo dioses en miniatura, el trabajo de los maestros se divinizará.

Los maestros de un país debieran ser sus más nobles hijos, sus más grandes hombres. Debieran aprender a elevar sus almas y a encontrar los ocultos senderos que conducen, a través de la mente, del cerebro a la sabiduría y de la sabiduría otra vez al cerebro. Y debieran recorrer diariamente esos senderos, hasta que todas las modalidades del cuerpo, del sentimiento y el pensamiento, ideas y sabiduría, les sean un terreno familiar. El maestro debe explorar ese terreno, en sus diferentes partes, hasta que haya destilado su esencia y haya aprendido a mantenerse libre en ese mundo. Entonces, y sólo entonces, podrá él educar de verdad. Entonces únicamente podrá él conducir los pies del discípulo por los senderos que él ha recorrido, dejándole luego libre para que los recorra por sí mismo.

Para el maestro, la sabiduría es

lo más alto; para el discípulo la voluntad. El maestro no debiera principiar a enseñar antes de haber alcanzado lo más alto, para no errar en lo inferior. Pero, habiendo aprendido el secreto por el cual se revela la sabiduría, y habiendo despejado el camino, y descansando en la sabiduría, él podrá ordenar todas sus acciones en el mundo inferior de conformidad con los decretos de esa sabiduría. Entonces será digno de enseñar, porque la sabiduría no yerra.

Con sabiduría, él examinará el cuerpo de su discípulo, especialmente su cerebro, el órgano con el cual está relacionado; ordenará toda la vida terrena del discípulo de modo que el cerebro y el cuerpo se desarrollen para expresar la sabiduría; nada menos ha de ser su propósito. El cuerpo debe ser flexible, ágil y libre; el cerebro elástico, sensitivo, responsivo a lo que es alto, irresponsivo a lo que es bajo. Cuidadosamente, día por día, más aún, hora por hora, el maestro ha de vigilar el crecimiento del cuerpo y del cerebro. La vida diaria ha de estar constantemente saturada de júbilo, no permitiendo ni la sombra de un dolor; porque el dolor es el maestro en la madurez; el dolor será el instructor en los años futuros del discípulo, más no de su juventud.

Las cualidades de júbilo y libertad han de ser desarrolladas en el niño hasta donde sea posible; esto es esencial en el éxito posterior. Faltando éstas, el crecimiento se entorpece, el cuerpo y el cerebro se endurecen y las facultades superiores se embotan. Todos los alimentos y vestidos del niño serán ligeros, pero conteniendo también los elementos de fuerza. La pureza ha de rodearle desde su nacimiento; to-

do lo que es grosero ha de quitarse de su alrededor cuidadosamente. Solo así podrá el cuerpo crecer ágil y fuerte, puro, jubiloso y libre. Teniendo estos factores básicos de su crecimiento, lo demás seguirá de un modo natural; la virtud se desarrollará y el vicio no encontrará asidero.

Sobre estos principios fundamentales del maestro debiera basarse el plan educativo. Si el discípulo yeyerra, cúlpese el maestro a sí mismo; él no ha enseñado bien, ha dejado de compartir y esto significa que no ha amado. Sin amor, ningún hombre debiera comenzar a enseñar. Así como Dios vigila el crecimiento del universo, compartiendo con él Su vida, Su felicidad y Su sabiduría, así debe hacerlo el maestro, meditando continuamente, compartiendo con el discípulo su visión y su sabiduría. A medida que observa a sus discípulos crecer en fuerza y gracia corporales, en dones de la mente y en cualidades divinas, debe dedicar una cuidadosa atención a las diversidades de dones y de carácter que cada uno desarrolla a medida que crece. Porque solo por un estudio cuidadoso y un prudente discernimiento, podrá el maestro seleccionarlos y colocarlos en el grupo que les corresponde al formar las clases; porque solamente

debieran agruparse juntos aquellos cuyos caracteres y temperamento requieren un método semejante.

Uno de los trabajos más difíciles e importantes del maestro es el de agrupar a los discípulos de su clase. No debiera clasificarlos tanto por la edad o asignatura que haya de enseñarse cuanto por sus caracteres innatos. Cuando, de ese modo, los grupos se han constituido, pueden mezclarse e intercambiarse, pero en todo lo que afecta a la relación estrecha entre el maestro y los educandos, debe mantenerse la apropiada agrupación. Así también en el mundo del pensamiento y el sentimiento; es con la más alta sabiduría que deben aplicarse los principios fundamentales del arte del maestro. Cuando éste imparte el conocimiento, debe al mismo tiempo mostrar al discípulo la manera de adquirir ese conocimiento por sí mismo.

Así es como yo, mientras os elevo hasta el país del júbilo y os doy la libertad en sus amplios dominios, también muestro cómo podéis abrir vuestros ojos a fin de que podáis ver por vosotros mismos, porque ese es el sistema del maestro.

(Traducido de «The Brotherhood of Angels and of Men»)